

“¡Contento, Señor, contento!”

UNA de las “cosas buenas de la vida” es poder encontrarse con personas amables, simpáticas, capaces de enfrentar sus problemas con la alegría de la esperanza. El saludo cariñoso, la palabra estimulante, el chiste oportuno y, por cierto, la ayuda eficaz y desinteresada son de esos “gestos amables que no cuestan nada”; pero que sirven de vehículo a ese “consuelo de Dios” que llega a los hombres a través de nosotros. En particular la alegría es una cualidad inseparable del amor y una de las formas más apreciadas de servir. Tiene la ventaja, además, de ser contagiosa.

Un amigo me contó hace poco su experiencia en cierta oficina de Santiago, donde concurría para un trámite legal. En medio de rostros marcados por la indiferencia, el aburrimiento, el fastidio de la rutina y los reclamos, sobresalía el de una funcionaria sonriente y amable. A cada persona la atendía con esmero, cariño y diligencia. Mi amigo tuvo oportunidad de observarla mientras esperaba su turno de atención, y una vez delante de ella la felicitó. Ella, con la emoción pintada en la cara, le mostró una lapicera que usaba. Tenía grabadas esas tres palabras: “Padre Alberto Hurtado”. Y le respondió: “Ud. cree que yo voy a poder atender a la gente con mala cara, habiendo conocido a este hombre que era pura caridad para con los demás? ¡No lo puedo olvidar!”.

Mañana 18 de agosto se cumplen 28 años de la muerte del P. Hurtado. Todavía hay mucha gente que “no lo puede olvidar”. Al contrario, su figura y su enseñanza se van agigantando y constituyendo un motivador ejemplo para sucesivas generaciones. Su espíritu permanece nítido en sus escritos y en sus obras, palpable en los cientos de personas que le conocieron y retuvieron marcada su honda huella de hombre de Dios.

El P. Hurtado fue un verdadero apóstol de Jesucristo. Su vida entera fue un darse por completo a los demás, impulsado por un profundo amor a Dios. Y todo lo hacía con alegría: “¡Contento, Señor, contento!”, era una de sus frases típicas, reveladora de su personalidad. Al igual que Teresa de Calcuta, comprendía la santidad como el “cumplimiento de la voluntad de Dios, sonriendo...”.

Era siempre optimista. A la juventud la impulsaba a darse con generosidad, a “avanzar mar adentro” en la entrega del amor. Su vida puede considerarse



PADRE Alberto Hurtado.

to tuvo esperanza, y esa esperanza somos nosotros”.

Esperanza que se traduce hoy en abrirle de par en par las puertas a Cristo: en el corazón, en la familia, en el trabajo, en el vecindario. Con alegría y optimismo; en actitud de perdón y reconciliación. Trabajando por la paz, fruto de la justicia.

Conviene pedir a Dios la gracia de vivir el supremo mandamiento y construir la anhelada civilización del amor, siguiendo el ejemplo de su siervo preclaro, el P. Alberto Hurtado. Como lo dice la oración, aprobada por la autoridad eclesial: “Oh Señor, para recordarnos tu mandamiento del amor Tú nos enviaste al Padre Alberto Hurtado, quien vio siempre a Jesucristo, tu Hijo, en la persona de su prójimo, especialmente en los más necesitados. Te pedimos, Señor, encarecidamente que para perpetuar su obra, le concedas el honor de los altares y a nosotros imitar su ejemplo; tratando también de encontrar y asistir a Jesucristo en la persona

"¡Contento, Señor, contento!" [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"¡Contento, Señor, contento!" [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile